

las empresas, acotar los tipos de trabajo y aumentar las conexiones entre ellos, la complementariedad recíproca» (pp. 133-134).

Se trata ciertamente de un texto de casi cuarenta años de antigüedad que conserva todo su vigor y resulta plenamente actual; incluso ahora el diagnóstico es tristemente certero. «Sólo cabe alcanzar el fin en común» (p. 145). Una publicación sencilla para una doctrina de largo alcance, que será muy útil tanto para la antropología como para desarrollar otro estilo de pensar las realidades sociales, a la altura de las exigencias de la época contemporánea.

Enrique R. MOROS

PROFESORES DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, *Dios es amor. Comentarios a la Encíclica de Benedicto XVI «Deus caritas est»*, Universidad Pontificia, Salamanca 2007, 326 pp., 12 x 15, ISBN 978-84-7299-750-9.

Los profesores de Salamanca han preparado una guía para la lectura de la primera encíclica de Benedicto XVI. «Como evocando sus años de magisterio teológico —comenta José-Román Flecha en la presentación—, el Papa ha querido volver a lo esencial de la vida cristiana, que es Dios. El Dios que es amor. El Dios al que parece ignorar la cultura secular. El Dios que se ha revelado en Jesucristo» (p. 9). También monseñor Ricardo Blázquez indica que tal vez se trata de «una encíclica programática» (cfr. pp. 14-17). Gonzalo Tejerina, profesor de teología fundamental, nos ofrece una exposición clara sobre la estructura de la encíclica, que divide en una antropología y teología del amor (nn. 1-18), una «eclesiología de la caridad» (nn. 19-25) y una conclusión: «contemplar la caridad en los santos y en María» (nn. 40-41). En cuanto al método, sostiene Tejerina que Benedicto XVI elabora una «antropología normativa del amor» en la que intenta integrar eros y ágape, a la vez que propone una «apología del ágape cristiano, frente a las impugnaciones que representa Nietzsche». Pero esta apología y antropología sólo tiene su razón de ser en una «teo-logía del amor», que tiene a su vez sus inevitables consecuencias en la «espiritualidad del amor» y en la mencionada «eclesiología de la caridad» (cfr. pp. 42-43).

En lo que se refiere a la antropología del amor, la profesora Fernández Beites escribe sobre «Amor en cuerpo y alma: eros a la luz del ágape». «El concepto de amor que intenta transmitir la encíclica nos obliga a introducirnos de nuevo en el problema mente-cuerpo» (p. 45), que ahora se aborda desde una perspectiva filosófica y fenomenológica. No se trata tan sólo de renunciar a un ya felizmente superado dualismo antropológico, sino también de evitar que el cuerpo renuncie al alma, y el eros al ágape, sostiene. «La idea de fondo que pro-

pone Benedicto XVI es que ambas dimensiones del amor sólo se entienden cuando las pensamos juntas» (pp. 46-47). Señala de igual modo que esta unidad de cuerpo-alma, eros-ágape procede en última instancia de la doctrina de la encarnación, que a su vez se prolonga todavía más —entrando de lleno en la materia— con la Eucaristía. El Logos eterno se encarna y se hace Eucaristía por amor, y de este modo se funden de modo íntimo e inseparable en toda la realidad logos, eros y ágape. Dialoga después con la filosofía contemporánea, donde aparecen nombres como Husserl, Scheler, Heidegger, Zubiri..., y alude ahí a la idea scheleriana de concebir la persona como *ordo amoris*, es decir, que su esencia está constituida por el amor (pp. 57-60).

Por su parte, Leonardo Rodríguez Duplá nos ofrece una interesante reflexión sobre el amor ascendente y descendente, que pone en relación fundamentalmente con el pensamiento de Kierkegaard (pp. 203-214). «La precedencia del amor divino es la clave que permite entender que amar sea un deber para el cristiano. [...] Si el amor es pensado como un don que hemos recibido previamente, entonces el amor a Dios y al prójimo no es ya simplemente una exigencia, un mandamiento, sino una respuesta al don recibido. Lo que origina el mandamiento del amor es, según esto, que demos libre cauce a un principio que, sin merecimiento nuestro, opera en nuestro corazón» (p. 213). También el profesor Tirado San Juan comenta con audacia la encíclica del Papa en el contexto de la posmodernidad y el «pensamiento débil». Por un lado ve en la propuesta papal dos grandes principios y propuestas: la razón y la verdad como garantes y defensores del mismo amor. «No es extraño que sea otra vez la Iglesia, como en los tiempos bárbaros del año mil, la que enarbole la defensa de la filosofía —pienso en la oportunísima encíclica de Juan Pablo II *Fides et ratio*— en una época en la que la reflexión se disuelve y esquiva» (p. 291). «Lo que la encíclica hace es exigir una radicalización del pensamiento metafísico que profundice en este carácter a la vez individual y respectivo de la persona» (pp. 314-315).

Jesús García Rojo nos ofrece un erudito estudio sobre los fundamentos de la antropología teológica, que fundamenta a su vez en la cristología y en el discurso sobre Dios (pp. 126-134). Al definir a Jesucristo como «amor de Dios hecho carne», se establece el amor como criterio último de la conducta de los discípulos de Jesús. No aparece sin embargo mención alguna en este pasaje a la necesidad de la verdad para alcanzar de modo pleno la libertad y el amor (cfr. Jn 8,32), aunque lógicamente se sobreentiende. Desarrolla después su propuesta antropológica en diálogo con el debate intelectual contemporáneo (Sloterdijk, Habermas, Singer), con la que se propone definir la condición humana según lo expuesto en la encíclica. Señala así tres aspectos que le parecen fundamentales: en primer lugar, la persona será imagen de Dios y de Cristo;

después, que es una en cuerpo y alma, superando así espiritualismos y pelagianismos; por último, como ser relacional y dialógico, a imitación de las tres Personas divinas (cfr. pp. 139-150). Establece por tanto esa íntima unidad entre teología y antropología: «El hombre es un *poiema* (Ef 2,10), una obra bien hecha de la que Dios no puede olvidarse. “Cada persona es una idea de Dios”. En efecto, el hombre es el ser del que Dios se acuerda (cfr. Sal 8,5; 144,3) y al que llama a una vida de comunión con él» (p. 150).

Siguiendo con la «teología del amor», la base escriturística está de igual modo bien reseñada. En el que lleva por título «Él nos ha amado primero» de Guijarro Oporto, nos ofrece una introducción a la primera de Juan, «la carta del amor cristiano», que pone a su vez en relación con otros textos joánicos. Tras exponer el fondo histórico-social de la carta como un «escrito fuertemente polémico» si tenemos en cuenta el ambiente entonces dominante, pone en relación los tres modos de definir a Dios como padre (1,2.3; 2.1.15.16.22.23.24; 3,1; 4,14), luz (1,5) y amor (4,8.16). Siguiendo fielmente la primera carta de Juan, desarrolla Benedicto XVI las inevitables consecuencias del amor como mandamiento respecto a Dios y al prójimo (cfr. pp. 114-116). En el segundo de Núñez Regodón titulado «El costado traspasado» —del cual manó agua y sangre—, se centra en el comentario del pasaje de Jn 19,31-37, que se interpreta también en clave sacramental, como símbolos del Bautismo y la Eucaristía, respectivamente. Sin embargo, al analizar Jn 7,37-39, concluye de igual manera que «Cristo es la fuente de la que el creyente recibe el Espíritu» (p. 96).

El profesor Del Cura Elena destaca el «dinamismo integrador» presente en el «armazón teológico» de la encíclica. Así, Benedicto XVI realiza una reflexión antropológica, social y eclesial —y, por tanto, ecuménica— en torno a 1 Jn 4,16. Alude así al «dinamismo del amor como fuerza unificante» donde se unen amor de Dios, amor a Dios y amor al prójimo, y que junto a la unidad entre creación e historia de la salvación constituyen —según Del Cura— la clave interpretativa de la encíclica. En efecto, en torno al concepto de amor se articula una fusión no sólo entre creación y redención, natural y sobrenatural, eros y ágape (cfr. pp. 161-164), sino también —con sus evidentes disimetrías— entre razón y revelación, antiguo y nuevo testamento, cuerpo y alma (cfr. pp. 162-170). Este modo de plantear el problema le parece a este autor no sólo audaz, sino también un buen comienzo de diálogo con las tendencias contemporáneas de pensamiento. «El tono fundamental de la encíclica es esperanzado, liberador, empeñado en proporcionarnos aire que nos permita respirar. Su visión positiva del mundo y del hombre radica en la unidad estrecha de creación y salvación. Y su interpretación de los anhelos humanos, como búsqueda a veces encubierta de la realidad de Dios, brota del mismo corazón del cristianismo» (p. 171).

En la teología del amor que aquí se expone, destaca el trabajo del profesor De Miguel, titulado «Dios amor - Dios comunión - Dios Trinidad». «Aunque la primera palabra de la primera encíclica de Benedicto XVI —dice ahí— sea “Dios” y Dios definido como “amor” (1 Jn 4,16), el objeto de la misma no es directamente Dios, sino “el amor cristiano”. Ahora bien, lo que es el amor cristiano sólo se entiende a la luz de Dios que es amor. Dios-amor ilumina el amor cristiano, y viceversa, penetrando en el sentido y contenido del amor cristiano, nos acercamos al misterio de Dios» (p. 61). *Vides Trinitatem, si caritatem vides*, afirmaba san Agustín. De este modo, se destaca allí la novedad de la imagen del Dios cristiano, tanto respecto al judaísmo como al paganismo (cfr. pp. 63-68). Se despliega así este amor en clave trinitaria, tanto en la relación del Padre y del Hijo como en lo que se refiere al Espíritu. De manera que el Dios-amor será relación trinitaria. «Sólo si el Dios único se constituye como Trinidad de Personas puede ser Dios amor, realizado en el amor del Padre al Hijo, y del Hijo al Padre, siendo el Espíritu Santo el vínculo personal de ese amor» (p. 77).

Sin embargo, ese amor de Dios no sólo se proyectará y realizará en la relación hombre-mujer, sino también en la que se establece entre el hombre y la sociedad, en la llamada «eclesiología de la caridad». El profesor Galindo García se ocupa del «hemos creído en el amor» (1 Jn 4,16) como opción fundamental del cristiano, que comporta a su vez el encuentro con Jesucristo y con la Trinidad, y que después se compatibiliza con las acciones concretas sobre todo en el campo social y en la «opción por el reino» (cfr. pp. 173-202). «“Hemos creído en el amor de Dios” se expresa en una dimensión personalista y misionera que se abre en un horizonte antropológico. Se trata de una actitud, decisoria y fundamental, aceptada por la persona frente a las realidades de este mundo, que va más allá del tiempo y del espacio pero que necesita de ambos para expresarse» (p. 202). En «Jesús, la Iglesia y los pobres», el profesor Flecha realiza un análisis sociológico, exegético e histórico en torno al término «pobreza» (pp. 217-230), pone en relación a los pobres con Jesús y con la Iglesia, a la vez que diferencia esta relación con la que establecen con ellos las ideologías modernas. «El servicio de la caridad a los pobres es concebido como una parte imprescindible de la vocación y misión de la Iglesia. Ésta confiesa, sin embargo, la especificidad de su servicio y los límites del mismo. Si la justicia no puede ser sustituida por la caridad, la caridad completa lo que la justicia no puede conseguir, al tiempo que trata de ofrecer un servicio integral a la persona» (p. 239).

El profesor Fernández Sangrador ofrece un ilustrativo estudio sobre «La organización de la caridad en la Iglesia antigua» (pp. 241-261), con lo que queda clara la intención de Benedicto XVI de tener muy en cuenta la vida y el ejercicio de la caridad en la Iglesia primitiva. La perspectiva canónica está a cargo del pro-

fesor San José Prisco, con el estudio titulado «Las estructuras eclesiales al servicio de la caridad» (pp. 263-282), en el que se centra —como su propio nombre indica— sobre todo en los aspectos institucionales. Ya con anterioridad, Ricardo Blázquez había profundizado con acierto sobre las relaciones entre justicia y caridad (pp. 17-24). Ofrece ahí una interesante consideración, que todavía no se ha desarrollado en toda su potencialidad: «Pueden los fieles laicos participar legítimamente en diferentes proyectos sociales y políticos, ya que existe un campo amplio de actuación según el discernimiento y la elección de cada uno» (p. 21). En definitiva, unos muy oportunos e interesantes comentarios a la primera encíclica de Benedicto XVI, si bien queda sin glosa alguna la llamada por Tejerina «espiritualidad de la caridad» y la importancia de la santidad en el texto papal.

Pablo BLANCO

J.A. SAYÉS, *Escatología*, Palabra, Madrid 2006, 203 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-9840-008-2.

El prof. José Antonio Sayés es conocido especialmente por sus numerosas publicaciones en el campo de la dogmática: tiene en su haber tratados de antropología, eclesiología, trinitología, cristología y teología de la creación. En el sector escatológico también había publicado con anterioridad una obra breve, de carácter teológico-pastoral, titulada *Más allá de la muerte* (San Pablo, Madrid 1996). Ahora, ofrece al público un manual más desarrollado. Lo hace, dice, con sentido de urgencia, por (1) un secularismo cada vez más difundido, que impide a los hombres ver más allá de la vida presente; (2) los «silencios» que imperan en algunos sectores sobre las verdades escatológicas, que provocan confusión en los creyentes; y (3) la crítica moderna del carácter razonable de las doctrinas cristianas, que caricaturizan la fe como un fideísmo (pp. 8-13).

A la hora de organizar el libro, el autor opta por tratar primero la escatología individual y luego la general, dado que —a su parecer— la primera parte ha caído en un mayor olvido después del Concilio Vaticano II, y conviene recuperar sus enseñanzas (sin excluir por ello aspectos comunitarios y cósmicos de la escatología). Así, en el primer capítulo se trata del *mysterium mortis*, que interpela permanentemente al ser humano: «el hombre comienza a existir en la muerte desde el momento en que comienza a existir en el cuerpo», dice el autor, haciéndose eco de S. Agustín (p. 17). Ante el enigma de la muerte (cfr. *Gaudium et spes*, n. 18) se han ofrecido muchas y muy diversas respuestas, algunas teñidas de tonos trágicos y estoicos. El autor subraya la diferencia radical entre estas visiones tristes y la manera cristiana, esperanzada, de mirar la muerte.